

CLÁSICOS
A MEDIDA



La vuelta al mundo en 80 días

Julio Verne

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA

La vuelta al mundo en 80 días

Julio Verne

Adaptación de Ana Alonso

Ilustraciones de Javier Lacasta Llacer

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *La vuelta al mundo en 80 días*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones de Grupo Anaya y en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Ana Alonso, 2018
© De la ilustración: Javier Lacasta Llacer, 2018
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2018

ISBN: 978-84-698-3609-5
Depósito legal: M-193-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Introducción	5
Capítulo I	17
Capítulo II	23
Capítulo III	27
Capítulo IV	37
Capítulo V	41
Capítulo VI	47
Capítulo VII	51
Capítulo VIII	55
Capítulo IX	61
Capítulo X	67
Capítulo XI.....	73
Capítulo XII	81
Capítulo XIII	87
Capítulo XIV	93
Capítulo XV	99
Capítulo XVI	103

Capítulo XVII	109
Capítulo XVIII	115
Capítulo XIX	119
Capítulo XX	125
Capítulo XXI	131
Capítulo XXII	139
Capítulo XXIII	147
Capítulo XXIV	153
Capítulo XXV	159
Capítulo XXVI	163
Apéndice	167



La vuelta al mundo en 80 días

04-2004/12



En el año 1872, la casa número 7 de Saville Row, Burlington Gardens, estaba habitada por Phileas Fogg, uno de los miembros más singulares del Reform Club de Londres.

Phileas Fogg era un personaje enigmático del que no se sabía nada, aparte de que era un hombre muy cortés y uno de los caballeros más apuestos de la alta sociedad inglesa.

Inglés de pura cepa, no estaba claro que Phileas Fogg fuese londinense. Nunca se le veía en la Bolsa, ni en la Banca, ni en ninguno de los establecimientos de la City¹. No formaba parte de ningún Consejo de Administración, su nombre no sonaba en ningún colegio de abogados, ni en el Banco de la Reina. No era ni industrial, ni comerciante ni agricultor. No formaba parte de ninguna de las numerosas asociaciones que proliferan en

¹ Céntrico barrio de Londres donde se concentran las sedes de los bancos y otras entidades financieras.

la capital de Inglaterra, desde la Asociación de la Armónica hasta la Sociedad Entomológica², fundada principalmente con el fin de destruir a los insectos molestos.

Phileas Fogg era miembro del Reform Club, y nada más.

¿Era rico Phileas Fogg? Sin duda. Pero cómo había hecho fortuna, no lo sabían ni los mejor informados. En todo caso, no era despilfarrador, pero tampoco avaro, ya que siempre que surgía la oportunidad de aportar algo a una causa noble, útil o generosa, lo hacía en silencio e incluso de manera anónima.

En resumen, no existía persona menos comunicativa que este caballero. Hablaba lo mínimo posible, y su silencio le hacía parecer aún más misterioso. No obstante, su vida era de lo más transparente, pero todo lo que hacía era tan matemáticamente idéntico, que la imaginación, descontenta, creía adivinar algo más.

¿Había viajado? Probablemente, ya que nadie conocía mejor que él el mapa del mundo. No había ningún lugar tan remoto como para que él no tuviese conocimiento de él. A veces, con pocas y precisas palabras, rebatía las mil teorías que circulaban en el club sobre algún viajero extraviado o desaparecido. Ofrecía una hipótesis más probable, y era como si tuviese algo de visionario, porque los acontecimientos siempre terminaban dándole la razón. Era un hombre que debía de haber viajado a todas partes..., al menos con la imaginación.

Lo que es seguro es que, durante muchos años, Phileas Fogg no había salido de Londres. Aquellos que lo conocían un poco mejor aseguraban que nadie lo había visto en otro lugar que no fuese la ruta entre su casa y el club. Su único pasatiem-

² La entomología es la ciencia que estudia los insectos.

po consistía en leer los periódicos y en jugar al *whist*³. En este juego silencioso, tan adecuado a su carácter, ganaba a menudo, pero sus ganancias nunca acababan en su bolsillo y constituían una parte importante de su presupuesto para obras de caridad. Además, Mr.⁴ Fogg jugaba por jugar, no para ganar. El juego era un combate para él, una lucha contra una dificultad, pero una lucha sin movimiento, sin desplazamiento, sin fatiga, y eso encajaba con su forma de ser.

No se le conocían a Phileas Fogg ni esposa ni hijos (algo que puede ocurrirles a las gentes más honestas), y tampoco parientes ni amigos, (lo que resulta algo más raro, la verdad). Lo cierto es que Phileas Fogg vivía solo en su casa de Saville Row, donde nadie entraba. Tenía un único criado. Como almorzaba y cenaba en el club siempre a la misma hora, en la misma sala y en la misma mesa, y no se trataba con nadie ni invitaba a casa a ningún conocido, solo iba a su casa para acostarse a las doce en punto de la noche. De las veinticuatro horas del día pasaba diez en su domicilio, el tiempo necesario para dormir y ocuparse de su aseo personal. Las cocinas y la despensa del club abastecían su mesa con sus succulentas reservas. Eran los criados del club quienes le servían las comidas en una porcelana especial y sobre un admirable mantel de lienzo de Sajonia⁵. Eran las exclusivas copas del club las que llenaba con su jerez, su oporto o su clarete mezclado con especias. Y para mantener sus bebidas frescas, recurría también al hielo del club (que se traía, con un alto coste, de los lagos de América).

Si vivir en estas condiciones es excéntrico, ¡hay que reconocer que la excentricidad no está nada mal!

³ Juego de naipes que se juega en parejas y en silencio.

⁴ Abreviatura de *Mister*, señor en inglés. Se usa a menudo en el original.

⁵ Región de Alemania.

La casa de Saville Row, sin ser suntuosa, resultaba extremadamente confortable. Además, los hábitos invariables de su inquilino reducían las necesidades del servicio al mínimo. Aun así, Phileas Fogg exigía a su único criado una puntualidad extraordinaria. Aquel mismo día, 2 de octubre, Phileas Fogg había despedido a James Forster por traerle el agua para afeitarse a ochenta y cuatro grados Fahrenheit⁶ en lugar de a ochenta y seis, y estaba esperando a su sucesor, que debía presentarse entre las once y las once y media.

Sentado rígidamente en su sillón, Phileas Fogg observaba con fijeza la aguja de su reloj de péndulo. A las once y media en punto debía salir de casa para ir al Reform Club, según su costumbre.

En ese momento llamaron a la puerta del saloncito.

Apareció James Forster, el recién despedido.

—El nuevo criado —anunció.

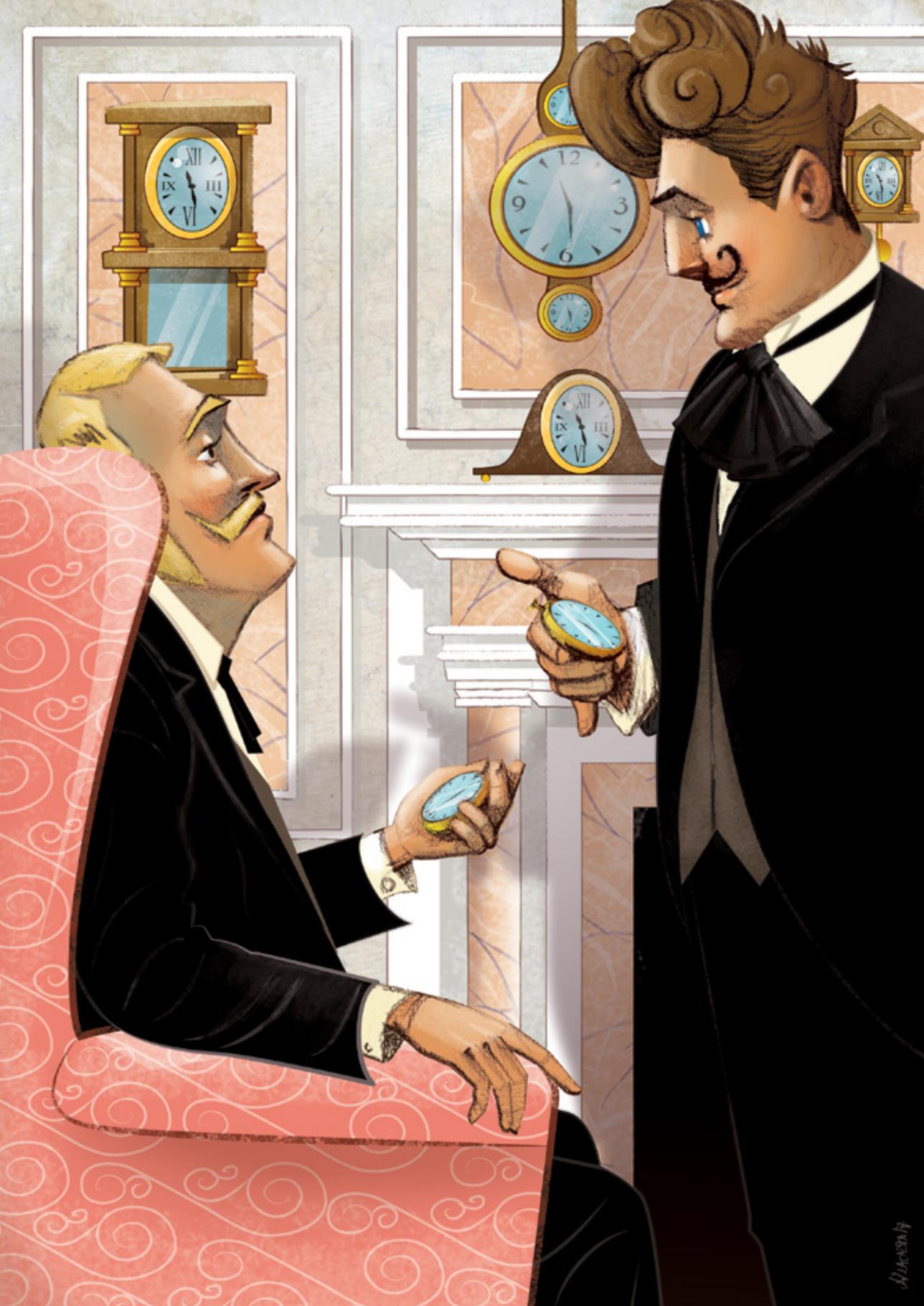
Un joven de unos treinta años entró y saludó.

—¿Es usted francés y se llama John? —preguntó Phileas Fogg.

—Jean, si no le importa al señor —respondió el recién llegado—, Jean Passepartout⁷, un apodo que me dieron hace tiempo y que se debe a mi capacidad natural para salir de cualquier aprieto. Creo ser un hombre honesto, señor, pero, para serle franco, me he dedicado a muchos oficios. He sido cantante ambulante, artista ecuestre en un circo, acróbata y funambulista. Después me convertí en profesor de gimnasia, para dar mayor utilidad a mis talentos, y, por último, fui sargento de bomberos en París. Tengo en mi historial algunos incendios

⁶ Escala de temperaturas dividida en 180 grados muy usada en el mundo anglosajón. 84 grados Fahrenheit serían 28,8 °C, y 86 grados Fahrenheit serían 30 °C.

⁷ En francés, *passe-partout* significa «que sirve para todo».



memorables. Pero hace cinco años que dejé Francia para convertirme en ayuda de cámara en Inglaterra. Como actualmente me encuentro sin trabajo y me he enterado de que el señor Phileas Fogg era el hombre más exacto y más sedentario del Reino Unido, me he presentado en su casa con la esperanza de vivir aquí tranquilo y de olvidarme hasta de mi sobrenombre de Passepartout...

—Passepartout me gusta —respondió el caballero—. Viene usted muy bien recomendado. Tengo buenos informes sobre usted. ¿Conoce mis condiciones?

—Sí, señor.

—Bien. A partir de este momento, once horas y veintinueve minutos de la mañana, este miércoles 2 de octubre de 1872, entra usted a mi servicio.

Dicho esto, Phileas Fogg se levantó, cogió su sombrero, se lo puso y salió sin añadir ni una palabra.

Passepartout oyó cerrarse la puerta de la calle. Era su amo que salía. Después la oyó por segunda vez: era su predecesor, James Forster, que se iba también.

Passepartout se quedó solo en la casa de Saville Row.



Phileas Fogg ha apostado una gran suma de dinero a que es capaz de dar la vuelta al mundo en 80 días, gracias a los distintos medios de locomoción de su época. Una aventura en la que habrá momentos de humor, de peligro, de acciones heroicas e incluso de amor. Una historia que surge inspirada por la Revolución Industrial, en la que inventos como el ferrocarril, el barco de vapor o el telégrafo estaban cambiando el mundo a una velocidad nunca imaginada. Y en la que su protagonista decide embarcarse en un viaje frenético por el simple hecho de que es posible hacerlo.

